
Auge y crisis: un modo de vida de la industria textil mexicana

Jorge Durand
El Colegio de Michoacán

La industria textil mexicana garantiza una profundidad histórica suficiente como para analizarla a través de casi siglo y medio. En este amplio lapso ha pasado por muy diferentes momentos que *grosso modo* se pueden caracterizar como una sucesión de crisis y *booms* recurrentes. La cambiante situación tiene diversos orígenes que provienen tanto de la esfera de la producción y circulación como de factores políticos, sociales y culturales.

Si analizamos los dos extremos del proceso de desarrollo de la rama textil saltan a la vista una serie de diferencias: de ser la industria de punta en el siglo xix ha pasado a ocupar medianos lugares en el siglo xx; la relación entre producción de materias primas y el consumo industrial se invirtió totalmente al cambiar el siglo: la oferta de algodón ha superado con mucho las necesidades de la industria nacional; de ser tradicional generadora y receptora de grandes contingentes de mano de obra tiende, en la actualidad, a eliminarla y a ocupar cada vez menos fuerza de trabajo. También el gremio textil ha perdido importancia en las luchas políticas a niveles local y nacional.

Los avatares de la industria textil reflejan en cierto modo el proceso general de industrialización mexicano, signado por una secuencia recurrente de crisis coyunturales y por una profunda crisis estructural cimentada en la incapacidad para sobreponerse a los condicionamientos y determinaciones propias del subdesarrollo.

No obstante, la multiplicidad de factores internos y externos que han afectado, de una manera u otra a la indus-

tria textil delatan también las limitaciones inherentes a la rama y la incapacidad de los empresarios textiles para consolidar una industria que aparentemente debía funcionar en condiciones óptimas dada su antigüedad, la importancia del mercado interno y el permanente proteccionismo estatal.

El arranque

La independencia en México estableció la ruptura definitiva con el régimen de explotación colonial y aligeró el proceso de penetración y consolidación del régimen de explotación capitalista. La colonia había significado una seria limitación al desarrollo de las fuerzas productivas dado el “énfasis fiscalista en detrimento del productivo” (Terradas, 1981: 60) que puso en práctica el gobierno español; por otra parte, la prosperidad del capital mercantil español que operaba en un mercado sin competencia, también llegó a su fin (Potash, 1959: 23).

El arranque de la industrialización coincidiría con el nacimiento del país como nación. En esa época no había muchas opciones. Industrializarse implicaba necesariamente optar por la producción textil y alguna otra industria básica en esos tiempos como las de papel o jabón. La elaboración de textiles ofrecía a primera vista la posibilidad de combinar la producción agrícola algodonera con la industrial; dar ocupación a amplios sectores de la población; utilizar las posibilidades que ofrecía la nación, recién estrenada, para constituir un mercado propio y aprovechar los avances tecnológicos de los países industrializados. Todas estas ventajas orientaron la predilección de los inversionistas y la planificación de los políticos hacia la rama textil.

Durante el imperio de Iturbide y posteriormente con la administración de Guadalupe Victoria se seguía todavía con la mentalidad colonial de apoyar a la minería: “la fuente de la verdadera riqueza de esta nación” (Florescano, 1965: 90). Sería hasta 1829, bajo la presidencia de Vicente Guerrero cuando se daría un cambio sustancial, aunque poco operativo en lo que se refiere a política industrial. Guerrero se propuso alentar a la industria nacional, tanto agrícola como manufacturera, por la vía del proteccionismo, es decir, con la

prohibición de las importaciones. La concreción de este proyecto sólo se logró hasta el gobierno de Bustamante, que hizo efectiva la prohibición y ayudó económicamente a los empresarios. El cerebro e impulsor de este proyecto fue el ministro de Relaciones Interiores y Exteriores don Lucas Alamán, quien en 1830 fundó el Banco de Avío para fomento de la industria nacional, lo que significa para algunos historiadores el inicio de la revolución industrial en México (*Ib.*: 92).

El Banco de Avío financió a 29 empresas de las cuales nueve fueron fábricas textiles de algodón. Esto significó más de la mitad (65.8 por ciento) de los préstamos efectuados por el Banco. Los estados de Veracruz, Puebla y México fueron los mayormente beneficiados (Potash, 1959).

En 1845, quince años después del arranque industrial había 52 fábricas textiles de algodón esparcidas por toda la república: veinte en Puebla, ocho en México, siete en Veracruz, cuatro en Jalisco, cinco en Durango, dos en Querétaro, una en Sonora, dos en Coahuila, una en Michoacán y dos en Guanajuato (Potash, 1959).

Se dice bien cuando se habla de “impulso” dado por el Banco de Avío. Lo demás lo hicieron hombres tesoneros y capaces como Antuñano en Puebla, Alamán en Veracruz y Palomar en Jalisco, entre otros. El aporte de capitales nacionales y extranjeros también fue uno de los factores decisivos. El impulso industrializador rompió una serie de barreras tanto prácticas como psicológicas. La instalación de nuevas fábricas supuso hacer adaptaciones e innovaciones. No todos veían el negocio como seguro, pero una vez que empezó a dar dividendos, incluso los agiotistas —entre ellos Cayetano Rubio y Manuel Escandón— empezaron a invertir en la industria (Keremitsis, 1973: 39). El estado se preocupó por poner las condiciones mínimas para el despegue industrial. Para Lucas Alamán esto estaba bastante claro: “el sistema prohibitivo no es el que hace florecer a las fábricas por sí solo; se necesitan otros elementos tales como abundante población, capitales y máquinas adecuadas” (citado en González Navarro, 1952: 79).

A pesar de todas las dificultades que suponía poner en marcha un proceso industrializador los resultados fueron significativos: en “1846 el valor creado por la industria algo-

donera alcanzaba a \$ 12'000,000 lo cual iguala a la acuñación normal de metales preciosos (Potash, 1959: 239). Así el mito de que la única riqueza la constituían las minas quedaba superado totalmente.

No obstante, el éxito había supuesto una serie de fracasos previos. La primera crisis de la industria textil la sufrió el propio Esteban de Antuñano, quien al no poder vender el hilo que producía su fábrica La Constancia, "habilitó" a los indios tejedores de Puebla con hilaza a cambio de mantas. Pero luego no pudo vender las mantas dado que eran muy gruesas y toscas, comparadas con las extranjeras (Bazant, 1964a: 510). Lo que indujo al industrial a incursionar con éxito en los tejidos.

La queja de Antuñano nos indica que desde un comienzo se conjugaron problemas de toda índole: asuntos técnicos con problemas de mercado, articulación de grandes empresas con el trabajo a domicilio, crisis por sobreproducción con la competencia de productos extranjeros o contrabando, necesidad de tomar paulatinamente el control de todo el proceso productivo y falta de preparación de la mano de obra.

También las otras grandes fábricas pasaron por largas épocas de crisis. Un ejemplo: Cocolapan, de don Lucas Alamán financiada por el Banco de Avío "raras veces disfrutó de prolongados periodos de producción, y más bien se distinguió como un mal negocio durante el siglo XIX debido a que sus gastos fueron siempre mayores que sus utilidades, sobre todo entre 1840-1845" (Florescano, 1965: 96).

En 1846 la nación tuvo que afrontar, en desigualdad de condiciones, la guerra con los vecinos del norte. El país además de perder la mitad de su territorio perdió vidas, tiempo y dinero. Para los industriales textiles la guerra supuso entrar en competencia con el contrabando norteamericano que controlaba los puertos. Los desastrosos resultados significaron una reducción considerable de su mercado potencial y la pérdida de una importante región abastecedora del algodón, la principal materia prima (Keremitsis, 1973: 39).

Apenas recuperado del desastre, México fue invadido nuevamente en 1862. A la imposición del imperio le siguió la guerra civil para restaurar la república. El apoyo de los

conservadores a Maximiliano no fue correspondido como éstos hubieran deseado. La política económica del imperio no pretendía apoyar a la industria manufacturera nacional sino todo lo contrario. Se trataba de volver al esquema anterior donde toda la economía se estructuraba en función de la metrópoli y a ésta le correspondía proporcionar los productos manufacturados.

El triunfo liberal en 1867 no fue la mejor solución para los industriales que habían crecido bajo la tutela proteccionista del conservadurismo: Lerdo de Tejada y Melchor Ocampo favorecieron principalmente a la agricultura y al comercio. Sin embargo, se sentaron las bases —infraestructura— para el desarrollo industrial que se daría posteriormente. Se afrontó el problema de los privilegios, se afectaron los bienes del clero, se dio impulso a las comunicaciones. En fin, se fueron rompiendo los frenos al desarrollo capitalista.

A pesar de los buenos propósitos de los liberales en cuanto a poner en práctica sus principios de “libre comercio” éstos nunca llegaron a plasmarse totalmente. Sin embargo, la eliminación de la prohibición de importar en 1872 y el alza en los impuestos causaron serios problemas a los industriales. La competencia con manufacturas importadas, más baratas y de mejor calidad, puso en serios problemas a la industria nacional (Keremitsis, 1973: 47).

Durante esta etapa la sobrevivencia y el crecimiento de la industria textil “no puede atribuirse a las acciones del gobierno, sino a su propia capacidad de satisfacer una demanda y adaptarse a las presiones de la época” (*Ib.* 52).

Un mar de contradicciones: surgimiento y crisis del proteccionismo

Las teorías del libre cambio en la economía han tenido de hecho muy poca aplicación práctica. De manera directa o indirecta los gobiernos, tanto de países industrializados como los que se inician en el proceso, han usado y seguirán usando el derecho legal de proteger a su industria y sus mercados. España acaparó el mercado latinoamericano por siglos, Inglaterra defendió con las armas tanto sus posesiones como sus mercados. El “librecambismo inglés triunfó

cuando su flota se impuso en todos los mares” (Terradas, 1981: 59).

Para México el proteccionismo decimonónico fue, sin lugar a dudas, la posibilidad efectiva de incursionar en el camino de la industrialización aunque esto supuso elegir entre promover el desarrollo fiscal cuyas entradas —tan necesarias— eran más seguras u optar por el desarrollo productivo que acarreaba riesgos y limitaba ingresos directos.

Las estadísticas sobre la industria textil en los primeros lustros podrían quizá justificar tal elección: 52 fábricas en quince años. Es evidente que dado el dinamismo comercial de los ingleses y la cercanía de los Estados Unidos, aparte de su adelanto en cuanto a calidad y precio de los productos, la industria textil mexicana sin protección no hubiera podido hacer nada.

Además, la posibilidad de contar con una industria nacional significaba cierta independencia política y económica con respecto a las grandes potencias. Los industriales decían que si se quitaba el proteccionismo caerían en “la pobreza, la inmoralidad, la servidumbre extranjera y en consecuencia la falta de nacionalidad” (B.P.M. Col. Lafragua No. 897).

Desde el gobierno se argumentaba en favor del proteccionismo con razones de política exterior con los Estados Unidos: “Si se considera bajo un aspecto político la inversión de capitales extranjeros en el fomento de nuestra industria, aparecerá ciertamente una ventaja a esta conexión de intereses en virtud de la cual nuestra suerte no puede ser indiferente a los pueblos comerciantes de Europa” (citado en González Navarro, 1952: 76).

Los industriales textiles evidentemente apoyaron y lucharon activamente por la promulgación y conservación de las leyes proteccionistas (prohibicionistas en este tiempo). Antuñano, uno de los luchadores incansables en favor de esta medida decía: “La prohibición es el medio más directo y eficaz que se ha conocido en México para fomentar la industria patria y cortar el contrabando de artículos de ella, que conviene fomentar” (Quintana, 1957: 103).

Sin embargo, el proteccionismo también era severamente criticado. Los primeros afectados fueron los artesanos

que se encontraban frente a una competencia imposible de superar. Los comerciantes, partidarios del libre comercio, se dejaron oír por múltiples medios y en muchas ocasiones. Las casas importadoras también se sintieron afectadas en sus intereses y no digamos los países industrializados, predestinados a abastecer al mundo de productos manufacturados.

Los liberales recogieron este descontento y se lanzaron a la lucha política e ideológica en favor del librecambismo. Justo Sierra fue un crítico muy severo: "Lo que es inadmisibles es que por medios arancelarios se creen industrias que no tengan en la comarca protegida materia prima. Querer hacer de la República Mexicana un país manufacturero, sin vías de comunicación, sin combustible, sin hierro, sin población consumidora, era inútil" (citado en González Navarro, 1952: 75). No dejaba de tener razón, sobre todo en lo que se refiere a las materias primas, por lo menos para el siglo XIX. Para Díaz Dufoo "la primera manifestación industrial vino artificialmente impuesta por el sistema prohibitivo" (*Ib.*). El proyecto de desarrollo industrial no era otra cosa que un intento de modernización capitalista y para poder lograrlo había que superar ciertos lastres coloniales, entre ellos el poder del clero. Para Chávez Orozco el fracaso de Alamán se debió a que "era indispensable si se quería implantar el capitalismo destruir la fuerza económica del clero" (*Ib.*). Enfrentamiento que Lucas Alamán ni buscó ni hubiera podido darlo dadas sus posiciones ideológicas.¹

Al planteamiento irreal del librecambismo se habían contrapuesto dispositivos legales extremos como el prohibicionismo. El proteccionismo llevado al extremo se convirtió en prohibicionismo. Una medida tan drástica tenía la ventaja de que se podían lograr los objetivos con un esfuerzo burocrático mínimo y que obligaba a los industriales a asumir el proceso de industrialización de manera integral. Sin embargo, ni los industriales podían asumir tal tarea ni el estado soportar por tiempo indefinido el abstenerse de recurrir al medio arancelario para cubrir sus necesidades inmediatas. Esta situación explotó cuando se supo en 1840 que en Matamoros el general Arista había autorizado, por propia cuenta y riesgo, la introducción de productos manufacturados de algodón para obtener recursos (impuestos) que le

permitieron sostener a sus tropas (Potash, 1959). La violación explícita de una ley prohibicionista extrema puso en tela de juicio su utilidad. La fuerza de los acontecimientos haría poco a poco entrar en razón a todas las partes, el prohibicionismo era una alternativa inviable. Para Potash “el uso de disposiciones prohibitivas en vez de protección arancelaria fue un desatino. Esta rigidez perjudicó al gobierno, a los industriales y a los consumidores”.

El proteccionismo extremo que en forma paralela se daba a los industriales y a los cosecheros de algodón entró también en contradicciones. La producción nacional de algodón no cubría ni podía cubrir la demanda de materia prima generada por el *boom* industrial y la multiplicación de fábricas por toda la república. Las casi inexistentes vías de comunicación hacían más difícil y caro el transporte de la materia prima, sobre todo a los centros industriales que quedaban alejados de las zonas productoras. La insalubridad de las costas era un factor adicional en contra para la atracción de mano de obra a los lugares propicios para el cultivo de algodón. Aunque el Banco de Avío financió la instalación de despepitadoras (Florescano, 1965: 92) y promovió la investigación, poco se conocía y menos aún se aplicaba. Lucas Alamán, como ministro, mandó comprar en Estados Unidos semilla de algodón para mejorar la calidad y el comprador le informó que los americanos la compraban en México. A esto se añadían malas cosechas, temporales y especulaciones con el precio del algodón.

La desproporción entre la oferta y la demanda creó una situación de crisis tal que se cuestionó el prohibicionismo a la materia prima. Industriales poblanos y tapatíos que antes se oponían a suavizar las leyes prohibitivas —persuadidos por la escasez y los altos precios— formaron un frente común para afrontar la crisis y exigir del gobierno el permiso para una importación controlada de materia prima. El gobierno permitió en 1842 la introducción de 60 000 quintales para salvar a la industria (Quintana, 1957: 276).

Otros solucionaron el problema por vías más expeditas. La opción del contrabando estuvo siempre presente y un buen ejemplo fueron los industriales de Tepic: Barrón y Castaños, considerados como “los más perniciosos contraban-

distas de Tepic y San Blas” (Meyer, 1981: 31). Otros se aprovechaban del contrabando incautado, como el gobernador de Querétaro que se apoyó en facultades extraordinarias para introducir una cantidad considerable de hilaza inglesa decomisada en Manzanillo (B.P.M. Col. Lafragua No. 1847). Pero el colmo fue la introducción de tejidos de contrabando a los cuales se les ponía marcas de fábricas nacionales (Urias, 1978).

La industria textil en el porfiriato

Durante la década de 1880 la economía mexicana recibió el impacto de la recesión en los Estados Unidos. La industria textil permaneció estancada: hacia 1886-87 el valor agregado de la producción textil no podía superar el nivel de la década anterior (Anderson, 1976: 21). El gobierno controlado por don Porfirio, sea directa o indirectamente, renovó las facilidades para la actividad económica privada, nacional y extranjera. Se inició una nueva política proteccionista para los productos nacionales y se favoreció la importación de materias primas y tecnología. La importación de textiles que entre 1872-1876 significaba el 56 por ciento del total de productos importados bajó al 41 por ciento en el periodo 1892-1896. Sin embargo, había épocas en que las importaciones se incrementaban notablemente como entre 1879-1882 cuando estuvieron en auge las construcciones del ferrocarril (Keremitsis, 1973: 167). El fenómeno volvió a suceder en el periodo 1889-1891 y las estadísticas económicas del porfiriato reflejan esa situación al señalar una fuerte caída en el nivel de las ventas en 1888 mientras que los volúmenes de algodón consumido mantenían su nivel; la crisis de los años siguientes quedó reflejada estadísticamente con la ausencia de información, sólo hasta 1893 se señalarían datos y se iniciaría el repunte. La crisis no era sólo de la industria textil, la caída vertiginosa del precio de la plata en el mercado internacional (1892) afectaba todos los ámbitos de la vida económica de México, país exportador del precioso mineral. Sin embargo, se llegó rápidamente al fondo y a partir de allí, 1893, se inició un proceso sostenido de crecimiento que no fue otra cosa que el *boom* económico del porfiriato.

El crecimiento económico nacional se reflejó a nivel de la rama textil en un avance sostenido de las ventas, lo que redundó en un proceso de expansión y renovación tecnológica de muchas empresas (Keremitsis, 1973: 22). Entre 1893, año del despegue, y el fin del siglo 1899, el nivel de ventas de la industria textil casi se duplicó. Al comenzar el siglo se produjo un leve descenso que coincidió con una caída en el volumen de la producción nacional de algodón. Pero a partir de 1901 se reinició el ascenso que llegaría en 1907 a casi duplicar el nivel de ventas de 1901.

La renovación tecnológica tuvo la gran virtud de llegar a tiempo e incorporar de manera definitiva a la energía eléctrica en el proceso de producción. Otro gran paso se dio en los transportes.

La revolución que significó el ferrocarril afectó directamente a los productores y comerciantes. El problema de los altos costos de los fletes tanto para acarrear la materia prima como para distribuir los productos, pasó al dominio de la anécdota y la historia. Además el ferrocarril puso nuevos territorios a disposición de los productores y comerciantes. La competencia, que antes se daba principalmente dentro del ámbito de influencia regional de cada centro productor, pasó a ser ahora de dimensión nacional y lógicamente hizo quebrar a unos y fortaleció a otros.

Es posible que también aquí esté la clave del por qué los comerciantes franceses empezaron a fines de siglo a incursionar en la producción. Se habían iniciado como comerciantes minoristas y luego pasaron a monopolizar el comercio de telas y ropa al mayoreo a través de las grandes tiendas. En 1884 un grupo de comerciantes franceses empezó a incursionar en la producción (Meyer, 1980: 31). Las nuevas fronteras mercantiles abiertas por el ferrocarril requerían mejores sistemas de comercialización. La articulación entre comerciantes, productores y consumidores no podía dejarse al azar.

Las perspectivas de ganancia y estabilidad política que proporcionaba el régimen porfiriano posibilitaron que a fines del siglo pasado se invirtieran cuantiosos capitales para la creación de nuevas empresas. "Los años de mayor crecimiento fueron de 1895 a 1905" (Keremitsis, 1973: 157). Nuevos capitalistas, sobre todo franceses y en menor grado espa-

ñoles, invirtieron en la industria textil. Las plantas existentes fueron modernizadas y las pequeñas empresas fueron, en su mayoría, absorbidas por las corporaciones. El proceso de modernización tocó a su fin en 1906 y las empresas tuvieron por delante cincuenta años de trabajo y desgaste.

Por el contrario, la producción nacional de algodón dejó de ser el lastre que había sido durante el siglo pasado. A partir de 1909 la oferta de algodón sobrepasaría con mucho la demanda de los productores textiles mexicanos.

El éxito económico de las empresas textiles durante el porfiriato no significó ninguna mejora en las condiciones de vida de los trabajadores. Por el contrario hay indicios de que ésta empeoró paulatinamente. Los pioneros de la industrialización más proclives al paternalismo habían muerto y en su reemplazo llegaron herederos ineptos y administradores voraces. Luego hubo cambio de dueños en muchas fábricas, los comerciantes franceses venidos a industriales se preocupaban poco de las formas y mucho del negocio. La competencia comercial exigía mayor productividad, lo que suponía más exigencias y presiones a los trabajadores.

La situación del proletariado durante el porfiriato ha sido descrita y analizada con profundidad y amplitud por distintos autores (Anderson 1976; González Navarro 1973). En síntesis se podrían señalar los siguientes puntos: salarios miserables, ligeramente superiores a los del campo; diferencias salariales por igual tipo de trabajo en fábricas de la misma localidad; jornada laboral extenuante, trabajo nocturno sin remuneración extra, ausencia de descanso dominical; aplicación de medidas coercitivas y represivas para el control de la mano de obra: castigos, multas, despidos, malos tratos; obligación de reponer las herramientas o partes que llegaban a ser inservibles por el uso; incorporación de aprendices sin remuneración, trabajo infantil, apenas en 1907 se prohibió el trabajo de menores de siete años; tienda de raya, distintas formas de endeudamiento, sistema de vales para cubrir una parte del salario y altos costos de los productos dado el monopolio comercial; prohibición de recibir o alojar a parientes o amigos en las casas proporcionadas por la empresa, obligación de devolver la vivienda inmediatamente, si

el obrero era despedido; nula intervención del estado en los problemas laborales, salvo para reprimir en caso de alteración del orden; limitaciones legales al derecho de huelga; sistemas coercitivos para conseguir mano de obra —enganche— métodos represivos para controlarla, implementación de sistemas de endeudamiento para “fijarla”; descuentos al salario para pagar la botica, el médico, la escuela y los servicios religiosos.

En suma, se puede decir que el despotismo privado se aplicaba sin ninguna restricción.

Los empresarios, con el pretexto de la competencia y con el interés real de aumentar sus ganancias trataban de imponer una mayor eficiencia en la producción y recurrían a medidas extremas de control y exigencias sobre los trabajadores (Anderson, 1976: 76). La situación explotó en 1906 con 22 huelgas textiles y prosiguió el año siguiente con otras 17. Estos dos años marcarían el repunte más significativo del nivel de huelgas durante el porfiriato.

Fueron los obreros textiles los que estuvieron a la cabeza del movimiento obrero organizado durante todo el porfiriato. Las huelgas de los textiles fueron el indicador fundamental del nivel de conflicto obrero-patronal a nivel nacional. No en vano era la rama industrial más importante. A lo largo de cuarenta años los altibajos en el nivel de huelgas a nivel nacional serían el reflejo del grado de combatividad que se desarrollaba en el medio obrero textil. La sangrienta solución a la huelga de 1907 con los sucesos acaecidos en la fábrica de Río Blanco y otras, no hizo sino confirmar la urgente necesidad de un cambio radical en las relaciones de producción.

El despotismo privado llevado al extremo se había convertido en un arma de doble filo y empezaba a amenazar la estabilidad del país, tanto en lo económico como en lo político. Faltaban muy pocos años para que el río se desbordara y se llevara consigo un siglo de vida republicana marcado por la opresión, la dictadura y el despotismo.

Del boom a la crisis hay sólo un paso (1910-1950)

Si bien durante el siglo XIX las épocas de auge y crisis dura-

ban un buen número de años, después de la revolución la industria textil sufriría altibajos de producción y ventas de manera recurrente y en lapsos de tiempo mucho menores.

Durante los años de la revolución la industria textil apenas sí pudo sobrevivir. Las empresas tuvieron que reducir su producción significativamente y en algunos casos llegaron a cerrar: había escasez de materia prima, el mercado estaba desquiciado, el sistema de transporte militarizado, la economía paralizada.

A partir de 1917 empezaría un leve repunte de la economía nacional que repercutiría en la industria textil. Unos años después —1920-1921— los textileros gozaron de dos años de bonanza. Según reportes de la época “la industria textil había obtenido el 95% sobre el capital invertido” (citado en Ferrer, 1979: 675). Los años siguientes fueron de continuos altibajos que dependieron de las fluctuaciones de la demanda, de los problemas laborales, de los reajustes de la oferta que acarrearaban la reducción de la jornada de trabajo y de la situación económica nacional y mundial.

Así, los años 1922, 1923 y 1924 fueron tiempos de crisis. Muchos industriales intentaron reducir la jornada de trabajo o clausurar temporalmente las fábricas para controlar sus problemas de sobreproducción.² El año de 1925 hubo un repunte y la industria llegó al nivel más alto de producción de todo el decenio (Luna, 1977: 211). Pero al año siguiente la producción bajó sensiblemente: “por lo que toca al volumen de producción, desde 1926 se registró un descenso sostenido hasta 1929” (*Ib.*). En 1930, en plena crisis mundial, la producción de textiles registró un sensible resurgimiento pero al año siguiente declinó catastróficamente sumergiéndose de lleno en la crisis económica mundial: “en 1931 y 1932, la producción fue tan pequeña que apenas equivalió al 44% de la del año 1925” (*Ib.*). en esa época tuvo que cerrar el consorcio textil CIDOSA que comprendía a las fábricas Río Blanco, Cerritos, San Lorenzo y Cocolapan.

Los años siguientes fueron de lenta recuperación hasta la segunda guerra mundial en que la rama se preparó para dar su último esfuerzo. La maquinaria textil en todo el país era más que obsoleta: las máquinas, en el mejor de los casos, tenían más de cuarenta años trabajando. Las tres cuartas

partes de los telares en uso en 1942 habían sido instalados entre 1898 y 1910 (Gamboa, 1977: 307). Hacía décadas que los industriales habían amortizado sus gastos en maquinaria y equipo pero no pensaban o no se preocupaban mucho por reinvertir.

En el caso de muchas empresas textiles la ausencia de inversión parecería haber sido resultado de su estrecha vinculación con el capital comercial. Las industrias tenían aparentemente pocas ganancias porque la mejor tajada se la llevaban las casas comerciales que eran más o menos de los mismos dueños. En Jalisco las fábricas textiles habían sido sistemáticamente descapitalizadas en aras de incentivar la ganancia comercial. Para algunos industriales la clave de la no inversión se encontraba en otra parte: “los contratos colectivos de los trabajadores no concedían ningún aliciente para la reinversión de capitales considerables para modernizar la maquinaria y hasta el fin de la última guerra mundial se siguió utilizando maquinaria de fines del siglo pasado”.³ Para autores como Solís (1975) la ausencia de reinversiones significativas en la industria textil se explica en gran parte por el excesivo proteccionismo del que ha disfrutado. La industria estaba protegida de la competencia externa y gozaba de franquicias y estímulos fiscales.

En 1939 México pasaría del agrarismo al industrialismo. El presidente Cárdenas, líder indiscutible de la reforma agraria, lo fue también del despegue industrializador. La coyuntura de la segunda guerra mundial fue el momento adecuado para dar el impulso definitivo al despegue industrial. El presidente Cárdenas no desaprovechó el momento y en el último año de su mandato, dedicó sus mayores esfuerzos a promover el crecimiento económico e industrial de México: “De entonces arrancó la costumbre de concebir el desarrollo a dúo. El gobierno pondría la infraestructura y la iniciativa privada pondría las fábricas” (González, 1981: 268).

La industria textil no desaprovechó el momento. Acostumbrada a subir y bajar según las coyunturas dejó de lado las quejas y los lamentos y se puso a trabajar. Las exportaciones de textiles que en 1939 representaban el uno por ciento de la producción nacional enviada al exterior llegaron, en

1945, a representar un veinte por ciento (Vernon, 1979: 112).

La apertura de los mercados externos permitió que muchos textileros se dedicaran al próspero negocio de la exportación. Incluso se llegó a descuidar el mercado interno. Las tiendas comerciales de los principales accionistas de las fábricas pedían telas y tenían que pasar meses antes de que los surtieran y en muchos casos no se lograba cubrir los pedidos.

Sin embargo, mientras el país iniciaba un vuelo “sostenido” hacia el desarrollo industrial, los textileros habían emprendido el viaje con boleto de regreso. Su maquinaria añosa no podía comprometerse para un vuelo de proporciones. Lo más que podía hacer era dar su último esfuerzo. Los industriales textiles se dedicaron a pensar en el ahora y a aprovechar la coyuntura. Esto lo sabían hacer bien. Para planear sobre el futuro habría tiempo después.

La guerra benefició a todos, pero los que estuvieron de plácemes fueron los que producían lona, dada la afición de los militares por ese tipo de tela.

También esa época marcó el comienzo de una ruda competencia para los textiles planos de algodón. Empezaba la era de los sintéticos: el poliéster, la artisela y el rayón empezarán a ser objeto de admiración y predilección por parte de los consumidores. A partir de 1944 la transnacional CELANESE Mexicana, S.A., empezaría a inaugurar fábricas en distintas regiones del país. Dada la gran necesidad de agua estas empresas se ubicarían, por lo general, en el medio rural, lo que sin duda contribuyó a establecer un nuevo patrón de industrialización. La fábrica instalada en Ocotlán, Jalisco, en 1946 representó la inversión más fuerte de la década (Arias, 1983) y la que se ubicó en Zacapu, Michoacán en 1946 fue por décadas la empresa más importante del estado.

Las grandes fábricas productoras de fibra sintética abastecieron a su vez a una multitud de pequeñas y medianas empresas e impusieron dinamismo a otras. Finalmente también lograron hacer mezclas y convirtieron a sus tradicionales competidores —los algodonereros— en compradores. La síntesis parece haber sido fructífera, las bondades innatas, “naturales”, del algodón se beneficiaron con las cualidades “prácticas” de las fibras sintéticas y viceversa.

Renovarse o morir

El fin de la guerra puso a temblar a todos los textileros incluidos los obreros. El sindicato nacional de la rama textil del algodón previendo la urgente necesidad de modernizar las empresas, había empezado a mandar información al respecto a cada una de las secciones sindicales. En asambleas se discutía la situación y no faltaron los que se opusieron a toda costa a la modernización porque implicaba automáticamente aceptar los despidos masivos.

El problema de la modernización y la consecuente reducción de personal fue un fenómeno de carácter nacional. La mayoría de las fábricas textiles afrontaba el problema de trabajar con maquinaria obsoleta y tenían que erogar grandes cantidades en pagos por mano de obra. Los avances tecnológicos desarrollados durante la segunda guerra mundial, aplicados rápidamente a la industria, abrieron aún más la brecha que separaba a los productores textiles mexicanos de los de países industrializados.

La suerte estaba echada. La pérdida de los mercados internacionales, a los cuales se tuvo acceso durante la guerra y la precariedad de la industria textil nacional sumieron a la rama en una crisis de la cual sería muy difícil salir.

Para evitar una quiebra general el estado se encargó de impulsar y sentar las bases que pusieran en marcha el proceso de modernización. Sólo en algún caso excepcional, como en el de Ayotla Textil, el estado asumió directamente la gestión para evitar el cese masivo de obreros. En esta cruzada el gobierno contó con el sindicalismo oficial como aliado fundamental. Las demandas de los trabajadores se vieron condicionadas por las reglas generales de modernización, que desde 1950 se incluyeron en las revisiones del contrato colectivo (Estrategia, 1975: 68).

Las décadas de los cincuenta y sesenta fueron de continua zozobra para los obreros textiles. En muchos casos la reducción de personal llegó a alcanzar entre el 50 y 75 por ciento del total de trabajadores. Pero donde se inició el proceso modernizador la cosa fue peor. Primero se vieron afectadas las industrias pequeñas y medianas y luego les llegó el turno a las grandes. Durante la década del sesenta se cerra-

ron cinco de las fábricas tlaxcaltecas fundadas a fines del siglo XIX: San Luis Apisaquito, Santa Elena, La Tlaxcalteca, La Trinidad, La Estrella. El saldo total de la crisis quedó en 16 fábricas de 37 existentes en la rama del algodón (Heath 1982: 119). En Puebla sucedió otro tanto, entre 1965 y 1975 cerraron 34 fábricas (*Ib.*). En Jalisco las grandes fábricas textiles habían entrado en crisis y cambiaron de dueño. En el Distrito Federal las prestigiadas fábricas ubicadas en San Angel: La Hormiga y La Alpina, entre otras, tuvieron que cerrar.

En algunos casos las empresas fueron entregadas a los obreros como forma de pago por adeudos e indemnizaciones y se formaron cooperativas que caminaron rumbo al fracaso, como en la fábrica San Manuel en Tlaxcala y Atemajac en Jalisco. En otros fue el gobierno el que asumió las empresas por intermedio de Nacional Financiera, como en los casos de Río Grande en Jalisco y Buenavista en Tepic.

En forma paralela el estado trató de completar el proceso modernizador produciendo, en el país, la maquinaria necesaria. En 1953 se fundó la empresa Toyota de México, en Ciudad Sahagún, con capital y tecnología japonesas e inversiones compartidas con Nacional Financiera. La experiencia no pasó de cinco años, los industriales no quisieron comprar las máquinas por considerarlas obsoletas (Urteaga y Novelo 1979; Mercado, 1980). En 1960 se hizo otro esfuerzo, con firmas norteamericanas de gran prestigio entre los industriales mexicanos, pero también fracasó. Sólo empresas medianas, que hacen partes y se especializan en la producción de insumos menos complejos han tenido éxito y penetración en el mercado. Y como suele suceder, también se ha dado un gran esfuerzo en adaptación, reconstrucción y reparación de maquinaria que demuestra ingenio y habilidad en los técnicos mexicanos, pero que en las estadísticas no significa nada.

A pesar de todo, la renovación de maquinaria en la década de los sesenta coincidió con la introducción de avances tecnológicos de vital importancia que tenían que ver con la automatización, introducción de controles electrónicos y aumento de velocidad en la operación. También se avanzó en

la superación del problema de la discontinuidad del proceso productivo (Mercado, 1980: 66).

El esfuerzo de modernización se hizo en ocasiones a medias, a pesar de que muchas empresas obtuvieron préstamos del gobierno, se compraron máquinas de segunda mano lo que a mediano plazo significó posponer el problema. En otros casos no se cumplieron las normas de modernización que implicaban la destrucción de la maquinaria obsoleta y ésta se trasladaba a otros lugares o se vendía.

La crisis se prolongó hasta la década del setenta. Los años 1973-1974 fueron álgidos en problemas laborales. Ante la negativa del gobierno a otorgar salarios de emergencia, cuatrocientas empresas con más de 43 mil trabajadores sostuvieron una huelga de un mes. La respuesta no se hizo esperar y se aprovechó la ocasión para cerrar 72 fábricas cesando a más de 10 mil trabajadores (Estrategia, 1975: 68).

La crisis acarreó cambios importantes entre los industriales textiles, muchas fábricas se vendieron y cambiaron de dueño, otras se agruparon en nuevas empresas y se inició un nuevo proceso de monopolización en la industria textil.

En la década de los 80 la industria textil algodonera que sobrevivió a las dos décadas anteriores se tuvo que enfrentar a la situación de crisis económica nacional y mundial. Esta se ha dejado sentir en la contracción del mercado interno, en la dificultad para obtener préstamos, importar maquinaria e insumos o pagar deudas en dólares.

Por el contrario la industria textil de fibras sintéticas, creció entre 1980 y 1984 a un ritmo del 5.2 por ciento anual (*Expansión*: 1985: 9). De manera paralela también se incrementó notablemente el volumen general de exportación que creció en los mismos años de 6 184 a 74 767 toneladas, lo que significó una tasa de crecimiento anual del 86.5 por ciento. Sólo a partir de los primeros meses de 1985 se empezó a notar una baja en los índices de exportación (*Ib.*). Esta dinámica queda claramente reflejada por el lugar que ocupan en la industria nacional las fábricas textiles.

Entre las 500 empresas individuales más importantes de México, se llevan los primeros lugares las que producen fibra sintética (Cuadro 1).

CUADRO 1

FABRICAS TEXTILES MAS IMPORTANTES DE MEXICO

Lugar entre las 500	Firma	Capital
No. 11	Celanese Mexicana, S.A.	Norteamericano
No. 50	Fibras Químicas, S.A.	Holandés
No. 67	Nylon de México, S.A.	Norteamericano
No. 168	Vanity de México, S.A.	Nacional
No. 198	Nueva Nacional Textil Manufacturera de Saltillo	Estatal
No. 210	La Estrella, S.A. de C.V.	Nacional
No. 257	Grupo industrial interamericano	Multinacional
No. 306	Convertex, S.A.	Nacional
No. 340	La Marina, S.A.	Nacional
No. 344	Terza, S.A.	Nacional
No. 349	Industrias Martín, S.A.	(no informó)

Fuente: Encuesta realizada por *Expansión*, 1985.

Son las empresas textiles que trabajan, entre otras cosas, las fibras sintéticas las que están colocadas entre las más importantes de México. Además tienen la cualidad de ser transnacionales y ocupar, también, los primeros lugares en cuanto a empresas exportadoras (*Expansión* 1985, N; 425). De manera definitiva la industria textil algodonera ha pasado a un segundo plano.

Finalmente, el último saldo de la crisis se ha dejado notar en la industria textil paraestatal. Algunas fábricas, como Ayotla Textil, fueron liquidadas y otras salieron a la venta. En mayo de 1986 dos fábricas textiles fueron adquiridas por la Central de Trabajador de México (CTM) con lo cual se abre una nueva etapa en la que participa el sindicalismo oficial, del sector empresarial textil.

Conclusiones

La recurrencia de situaciones problemáticas para la industria textil mexicana da pie para plantear la existencia de una profunda crisis de la rama en su conjunto, característica que al parecer no es exclusiva del caso mexicano.

Sin embargo, dado que han sido múltiples y muy variados los factores que la han afectado es posible que la clave de tal situación se encuentre en las constantes y no tanto en los elementos disturbadores que explican determinados momentos de auge o crisis.

Se pueden considerar como factores constantes a lo largo de toda la historia de la industria textil algodonera mexicana: su orientación al mercado interno, el proteccionismo oficial, el componente predominantemente familiar del empresariado y la injerencia del capital comercial.

El mercado interno para la industria textil ha sido creciente a lo largo de toda su historia. La población ha aumentado notablemente y también su capacidad de consumo. Pero eso no significa que sea, o haya sido, ilimitado. De hecho, con la expansión del sistema ferrocarrilero las empresas textiles tuvieron que disputarse las plazas a lo largo y ancho del país. Telas de Jalisco se vendían en Puebla, Yucatán y Monterrey y así lo demás. Al parecer nunca hubo una regulación o limitación al crecimiento industrial textil, salvo en las últimas décadas, en que la crisis general forzó a tomar ciertas medidas impidiendo la fundación de nuevas industrias que no estuvieran completamente modernizadas.

De ahí que el mercado nacional haya estado permanentemente saturado. Esta situación colocó a la rama en su conjunto en una situación de equilibrio precario. Cualquier problema: económico, político o social podía convertirse en un elemento disturbador de la producción. A esto se añade la imposibilidad de conquistar mercados externos, salvo situaciones o casos muy especiales, lo que cerró la única salida lógica al exceso de producción.

Sin duda el proteccionismo oficial coadyuvó a reforzar esta situación. La protección del mercado nacional indujo indirectamente a limitar las reinversiones a lo estrictamente necesario a lo cual se sumó la estrecha relación que existía en

muchas fábricas textiles, con los establecimientos comerciales de telas. A la larga los intereses comerciales predominaron sobre los industriales. Sobre todo porque los comercios solían ser individuales y las fábricas se repartían entre diferentes accionistas pertenecientes a una familia o a un grupo de determinada nacionalidad.

A *grosso modo* se puede hablar de una preeminencia de españoles en la primera etapa, luego franceses al voltear el siglo y finalmente libaneses. Pero dentro de cada etapa es necesario distinguir generaciones. Los fundadores a los que llamaremos pioneros, llevaban adelante las empresas con brío y creatividad, pero al pasar las fábricas a manos de los herederos —segunda generación— empezaban los problemas por faltas en la administración, delegación de responsabilidades y pleitos familiares. Cumplida la etapa las fábricas se vendían y pasaban a manos de un nuevo grupo de empresarios: los advenedizos, por lo general, enriquecidos en el comercio y de una determinada nacionalidad. Estos se convertían a su vez en pioneros y levantaban el negocio hasta que pasaba a manos de nuevos herederos que después de años o décadas, en los que descapitalizaban las empresas, terminaban con el negocio vendiéndolo a nuevas personas, grupos o instituciones que se encargaban de sacarlas del hoyo.

Este carácter cíclico del empresariado puede aplicarse, con las salvedades necesarias, a toda la rama textil y constituye otro elemento que explica el modo de vida de la industria textil mexicana marcado por el auge y la crisis.

NOTAS

1. Por otra parte Alamán prefería utilizar, mediante préstamos y financiamiento, los capitales que manejaba el clero.
2. En esa época los industriales trataron muchas veces de controlar las demandas salariales aduciendo crisis por sobreproducción.
3. Entrevista con Augusto Brun, ex propietario de la fábrica Río Grande, Jalisco.

BIBLIOGRAFIA

- ANDERSON, Rodney D. *Outcast in their Own Land. Mexican Industrial Workers 1906-1911*. Northern Illinois University Press.
1976
- ARIAS, Patricia *Fuentes para el estudio de la industrialización en Jalisco. Siglo xx*. Cuadernos de la Casa Chata No. 74. México, D.F.
1983
- BAZANT, Jan “Evolución de la industria textil poblana (1554-1845), en *Historia Mexicana*, No. 52, vol. 13; pp. 473-516. México, D.F.: El Colegio de México.
1964 a
- BAZANT, Jan “Industria algodonera poblana de 1800-1843 en números” en *Historia Mexicana*, No. 53, vol. 14, pp. 131-143. México, D.F.: El Colegio de México.
1964 b
Colección Lafragua. Biblioteca Pública de México.
Estadísticas Económicas del Porfiriato. Fuerza de trabajo y actividades económicas por sectores (1964). México, D.F.: El Colegio de México.
Estrategia, 1975 “La crisis de la industria textil”. Revista de análisis político, No. 3, mayo/junio. México, D.F.
- FERRER, Guadalupe y Francisco T. “Los hilanderos rojos” en *Memoria del 2º Coloquio de Historia Obrera*. México, D.F.: CEMSMO.
1979
- FLORESCANO, Enrique (Introducción) y Luis Chávez Orozco, *Agricultura e industria textil en Veracruz*. Universidad Veracruzana, Jalapa, México.
1965
- GAMBOA, Leticia “Los últimos años de predominio de la industria textil en Puebla”, en *Memoria del Primer Coloquio Regional de Historia Obrera*. México, CEMSMO.
1977
- GARCIA DIAZ, Bernardo *Un pueblo fabril del Porfiriato: Santa Rosa, Veracruz*. México, D.F.: Sep-Ochentas, FCE.
1981

- GONZÁLEZ, Luis 1981 b *Historia de la Revolución Mexicana 1934-1940. Los días del Presidente Cárdenas.* México, D.F.: El Colegio de México.
- GONZALEZ NAVARRO, Moisés 1952 *El pensamiento político de Lucas Alamán.* México, D.F.: El Colegio de México.
- HEATH CONSTABLE, 1982 *Hilania Lucha de clases: la industria textil en Tlaxcala.* México. Ediciones El Caballito.
- KEREMITSIS, Dawn 1973 *La industria textil en el siglo XIX.* México, D.F.: SepSetentas.
- LUNA, Patricia 1977 "Industria textil y clase obrera en Veracruz, 1920-1935", en *Memoria del Primer Coloquio Regional de Historia Obrera.* México, D.F.: CEMSMO.
- MEYER, Jean 1981 "Barron, Forbes y Cía.: el cielo y sus primeros favoritos", en *Nexos* 40 (abril de 1981).
- MEYER, Jean 1980 "Los franceses en México durante el siglo XIX", en *Relaciones* I, 2 (primavera de 1980); pp. 5-54. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- MERCADO, Alonso *Estructura y dinamismo en mercado de tecnología industrial en México.* México. El Colegio de México.
- POTASH, Robert A. 1959 *El Banco de Avío en México.* México, D.F. FCE.
- SOLIS, Leopoldo (ed.) 1975 *La economía mexicana. I Análisis por sector y distribución.* México, D.F.: FCE.
- QUINTANA, M.A. 1957 *Esteban de Antuñano.* México, D.F.: FCE.
- TERRADAS, Ignasi 1981 "El contrabando en el orden social y en la economía política: notas a propósito del caso de la Nueva España", en *Relaciones* II, No. 7 (verano 1981), pp. 40-84. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- URÍAS, Margarita 1978 "Manuel Escandón: de las diligencias al ferrocarril. 1833-1862", en *Formación y desarrollo de la burguesía en México,*

- Siglo XIX*. México, D.F. Siglo XXI Editores.
URTEAGA, A. y NOVELO, V. *La industria en los magueyales*.
1982 México, D.F. Ed. Nueva Imagen.
VERNON, Raymond *El dilema del desarrollo económico de*
México. México, D.F.; Ed. Diana.